

Buenas Tardes, autoridades de la Universidad del Salvador, profesores, familia y amigos.

Hoy es un día que guarda mucho más de lo que se ve. No es solo un cierre... es también un comienzo. Es todo lo que pasó para llegar hasta acá. Todo lo que nos fue transformando, paso a paso, a lo largo de estos cuatro años. Cuando empezamos este camino, quizás lo hicimos con certezas más simples, con miradas más lineales, con la ilusión de encontrar respuestas claras. Pensábamos en estudiar, en aprobar materias, en llegar. Pero con el tiempo fuimos entendiendo que esto iba mucho más allá. Hoy llegamos a este momento con algo mucho más valioso: la capacidad de sostener la complejidad. Porque si algo nos transformó profundamente en este recorrido, es haber comprendido que aprender no es un acto técnico ni un proceso uniforme, sino una experiencia profundamente humana.

Una experiencia atravesada por la historia, por el deseo, por los vínculos, por aquello que a veces no se dice... pero que insiste. Aprendimos que no trabajamos con dificultades, ni con diagnósticos, ni con categorías cerradas. Trabajamos con subjetividades. Con sujetos únicos, irrepetibles, en permanente construcción. Y entonces algo se desplazó en nosotras. Dejamos de buscar corregir... para empezar a comprender. Dejamos de intervenir desde la certeza... para empezar a alojar la pregunta. Dejamos de mirar el error como falla... para reconocerlo como parte del proceso. En ese movimiento, también nos transformamos nosotros. Porque no se atraviesa una formación como esta sin ser tocados, sin ser interpelados, sin revisar nuestras propias maneras de aprender, de mirar y de estar con otros.

Aprendimos que no hay aprendizaje sin encuentro. Y que no hay encuentro si no hay un otro dispuesto a mirar sin reducir, a escuchar sin anticipar, a sostener sin invadir. Hubo momentos de claridad... y también momentos de incertidumbre. Momentos en los que no sabíamos qué hacer, qué decir, cómo intervenir. Y, sin embargo, fue allí donde más aprendimos. Porque entendimos que no todo puede ser previsto ni controlado, y que hay algo de lo humano que siempre desborda cualquier teoría. En ese punto, una idea se volvió central en nuestra formación: educar es, ante todo, un acto de confianza. Confianza en el otro, en sus posibilidades, en que algo puede advenir incluso cuando todavía no se manifiesta. Y también, confianza en sostener los procesos sin apresurarlos, sin forzarlos, sin cerrarlos antes de tiempo.

Pero si hay algo que hizo realmente especial este recorrido, fue el compañerismo. Fuimos una comisión unida. De esas que no son tan fáciles de encontrar. Estuvimos en las buenas, pero sobre todo en las difíciles. Nos acompañamos en el cansancio, en los nervios, en las dudas... y celebramos cada logro como si fuera propio. Porque nadie llega hasta acá solo. Y hoy, mirándonos, sabemos que este logro también es colectivo.

Por eso, queremos agradecer. A nuestras familias, por el sostén incondicional, por estar incluso cuando nosotros dudábamos.

A nuestros amigos, por la paciencia, por acompañar nuestros tiempos, nuestras ausencias y nuestros procesos.

A nuestros docentes, por la dedicación, por la escucha, por incomodarnos cuando fue necesario y por invitarnos a pensar más allá de lo evidente. Por transmitir no solo contenidos, sino una manera de posicionarnos frente al otro y frente a nuestra práctica.

Y también, a la Universidad del Salvador, por formarnos, por exigirnos, por darnos herramientas, pero, sobre todo, por enseñarnos a pensar, a cuestionar y a construir una mirada propia. Hoy llegamos a este momento con un título que nos nombra.

Pero lo que verdaderamente nos constituye no se imprime en un papel. Se construyó en cada práctica, en cada encuentro, en cada duda que nos obligó a pensar más profundamente. Nos vamos con saberes, con herramientas, con marcos teóricos.

Pero, sobre todo, nos vamos con una posición. Una posición ética. Una forma de mirar, de escuchar y de estar con el otro. En un mundo que muchas veces exige rapidez y resultados inmediatos, nosotros elegimos algo distinto: respetar los tiempos, valorar los procesos y creer en las posibilidades de cada persona. Hoy celebramos este logro. Pero también asumimos, con humildad y convicción, la responsabilidad que implica. Porque acompañar a otros en sus aprendizajes es, en definitiva, acompañarlos en su modo de estar en el mundo. Y no hay tarea más profunda que esa. Ojalá nunca perdamos eso. Gracias a quienes nos acompañaron en este camino.

Y gracias a nosotros mismos por haber llegado hasta acá.